

Esta es una pequeña muestra
del libro *Calma, alma mía.*

Para conseguir el libro completo y conocer
más acerca de nosotros, visita nuestra página
web: www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2024 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

CALMA, ALMA MÍA

CALMA, ALMA MÍA

*Reflexiones sobre cómo
vivir la vida cristiana*

Elizabeth Elliot™



*Mientras lees, comparte con otros en redes usando
#CalmaAlmaMía*

Calma, alma mía

Reflexiones sobre cómo vivir la vida cristiana

Elisabeth Elliot

© 2024 por Poiema Publicaciones

Traducido con el debido permiso del libro *Be Still My Soul: Reflections on Living the Christian Life* © 2003 por Elisabeth Elliot. Todos los derechos reservados. Publicado por Revell, una división de Baker Publishing Group.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de La Nueva Biblia de las Américas © 2005 por The Lockman Foundation.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Imagen carátula: © PM Design Creations - stock.adobe.com

Poiema Publicaciones
info@poiema.co
www.poiema.co

Impreso en Colombia
ISBN: 978-1-955182-86-7
SDG

Contenido

Dedicatoria y agradecimientos	7
Portadores de Cristo	9
1. ¿Sabemos lo que nos espera?	13
2. Aceptación y paz	25
3. Todo es Tuyo	41
4. Evidencia material	51
5. Ayudas para la santidad	61
6. Caminando con Jesús	71
7. Un corazón de siervo	83
8. Ayudas en la oración	95
9. El amor sufrido	107
10. La esperanza de la gloria	119
Notas	129

Dedicatoria y agradecimientos

Con el paso de los años, hemos hecho muchos amigos gracias a nuestros viajes. Queremos que sepan que aunque viven lejos, no están lejos de nuestro corazón. También hemos hecho amigos por medio del correo electrónico, o son oyentes de la radio, suscriptores de los boletines o asistentes en las conferencias. Gracias por alegrarnos y contarnos cuando estamos en sus oraciones.

Este libro está dedicado a todos ustedes con todo nuestro agradecimiento.

También le agradecemos a Don Cooper de Servant Publications por publicar varios de mis libros y por ser un buen amigo con nosotros (Lars recuerda con cariño su tiempo juntos en la feria del libro de Frankfurt en Alemania, donde Don quedó perplejo al ver que mi ahorrativo esposo había traído una lata de filetes de arenque de noventa y ocho centavos de los Estados Unidos para su almuerzo, mientras él tuvo que pagar quince dólares solo por un perro caliente, papas y soda).

También le agradezco a Kathy Deering, quien editó mi boletín por muchos años y compiló los libros tomados de allí. También

quiero mencionar con gratitud a Linda Meyers, Kay Hill, Kathy Gilbert, Pat Cresoe, Jeannie Illges y Jan Wismer, quienes me han ayudado durante años.

—Elisabeth Elliot
Magnolia, Massachusetts

Portadores de Cristo

He pasado toda mi vida sondeando las profundidades de lo que significa ser cristiano. Y, hasta este momento, sigo aprendiendo. Algo que aprendí hace mucho tiempo es que nosotros mismos tenemos que recibir la vida de Cristo para poder vivirla. Y tenemos que vivirla para poder dársela a otros. Recibir, vivir, dar. Los teólogos le llaman “encarnación” y aplica tanto para nosotros como cristianos como para nuestro Señor mismo.

Antes de que naciera Jesús, una virgen joven llamada María respondió a un llamado celestial y permitió que el Espíritu de Dios se hiciera carne. Entregó su cuerpo para que fuera el cáliz en el que se vertió la vida de Dios. Un cáliz es una copa. Lo que hizo María es lo que tú y yo debemos hacer, cada uno de nosotros, todos los días, sin importar dónde estamos o cuáles sean las circunstancias; debemos llevar a Cristo a este mundo. Somos como cálices, vasijas vacías dispuestas y listas para ser llenos de la vida de Dios. Somos purificados en el proceso y somos derramados por otros. Nuestra vida ilustra lo que Dios es, más por lo que *somos y hacemos* que por lo que decimos. Encarnamos a Cristo al tomar nuestra cruz y seguirlo, haciendo exactamente lo que hizo Jesús cuando fue obediente al Padre.

La palabra *encarnación* significa “hacerse carne” o “manifestarse en un cuerpo humano”. Viene directamente de dos palabras que significan “en la carne” o “encarnar”. Dios, que es Espíritu, tomó una forma visible por treinta y tres años en la persona de Jesucristo. Cuando Jesús murió, el mundo ya no podía verlo ni tocarlo. Pero, ya que nos dio Su Espíritu cuando se levantó de los muertos y regresó a Su Padre, Jesús hizo posible que el mundo pudiera seguir viendo a Dios en la carne. El mismo Espíritu que está en Él está en nosotros los cristianos: “Cristo en ustedes, la esperanza de gloria” (Col 1:27 NVI). Aunque Jesús sea invisible para las personas del mundo, tú y yo somos bastante visibles, tanto para ellos como entre nosotros. En realidad, en nosotros, el mundo puede ver a Dios.

Cuando el ángel visitó a María le dijo: “¡Te saludo, tú que has recibido el favor de Dios! El Señor está contigo’. Ante estas palabras, María se perturbo’ (Lc 1:28-29 NVI). El mensaje del ángel fue alarmantemente claro y la respuesta de María fue de asombro, pero también de perplejidad. Cuando algo interrumpe lo que estamos haciendo (supongo que el ángel interrumpió las tareas del hogar de María) la mayoría nos inquietamos. A un gran número de jovencitas comprometidas en matrimonio les habría parecido una molestia enorme el mensaje de Dios para María, incluso un desastre. Para ella fue un momento de confusión (¿cómo será esto?). Y luego, hasta donde sabemos, no se opuso de ninguna forma pensando qué le pasaría a ella o a su prometido. Su respuesta fue simplemente: “hágase conmigo conforme a Tu palabra”.

Sea que un ángel venga a visitarnos o no, es probable que también nos inquieten algunas de las palabras que Dios nos ha dicho. Puede que deseemos nunca haberlas escuchado. Pero deberíamos seguir el ejemplo de María y de su Hijo Jesús, que respondieron con obediencia inmediata. Como cuando alguien sostiene una copa para que se la llenen cuando le ofrecen una bebida, así necesitamos poner

nuestro corazón cuando Dios nos ofrece derramarse a Sí mismo en nosotros para una tarea, ya sea grande o pequeña. Esa es la actitud de un portador de Cristo.

Un escritor dijo: “María demostró un vacío deliberado de un corazón virginal”, a diferencia de un vacío sin forma ni significado. Como María, somos mejores portadores de Cristo si también tenemos un vacío con propósito, si estamos dispuestos a ser llenos. Si nos llenamos de trivialidades o ansiedad, no tendremos espacio para Él en nuestro corazón.

Para los portadores de Cristo, no existe una dicotomía entre el trabajo secular y el trabajo espiritual. No existía para María y no debería existir para nosotros. Su trabajo fue decirle sí a la voluntad de Dios y seguir haciendo las tareas de todos los días. Ella atendió las necesidades simples pero demandantes de su esposo y su familia, crió a Jesús desde bebé hasta que se convirtió en un joven y lo entregó para que hiciera el trabajo del reino de Dios.

Nuestra vida puede parecer más complicada que la de María, pero lo fundamental es lo mismo. Vivimos en un continuo de cosas visibles y tangibles. Vivimos con las lavadoras que se dañan, la cena que se quema, las facturas por pagar y el tráfico. Es un acto de rendición y obediencia atender a tu hijo pequeño en medio del caos, soportar las noches en vela y hacer malabares con tus responsabilidades en el trabajo y la casa.

Jesús no solo fue un bebé alimentado por el pecho de María que aprendió con ella y en la tienda del carpintero, sino que fue un hombre que sentiría una venda en sus ojos, las cuerdas, el azote, las espinas y finalmente la sangre, los clavos y las astillas de la cruz. El Señor del universo se había encarnado en el cuerpo de un hombre común, vulnerable y mortal para poder sufrir y ser totalmente vaciado y molido, y así traer al mundo la vida de Dios. “El pan que Yo

también daré por la vida del mundo es Mi carne” (Jn 6:51). ¿Cuál es el pan que tú y yo tenemos que darle al mundo?

Fuimos creados para ser cálices, portadores de vida. Ya que somos una expresión de lo que es Dios, nos convertimos en pan molido y vino derramado. No hay una plenitud mayor.

1

¿Sabemos lo que nos espera?

Un día, mientras caminaba junto al mar de Galilea, Jesús vio a dos pescadores, Simón Pedro y su hermano Andrés, lanzando la red en el lago. “Vengan en pos de Mi”, les dijo, “y Yo los haré pescadores de hombres” (Mt 4:19). De inmediato, ambos dejaron sus redes y lo siguieron. ¿Sabían lo que les esperaba?

Jesús comenzó a enseñarle a Sus nuevos discípulos inmediatamente. El sermón del monte fue el punto de inicio y fue un bombardeo de requisitos aparentemente imposibles. Luego pasó a demostrar Su poder sobrenatural para sanar enfermos y ciegos, calmar una tormenta y levantar a los muertos. Les recordó a los discípulos que el estudiante debe ser como su maestro, el siervo como su señor y que ellos serían capaces de hacer cosas mayores que las que Él hizo. También les dijo que no se sorprendieran si perdían su vida por Él. Les contó que debía ir a Jerusalén, donde sufriría muchas cosas y luego moriría. Pero esto fue demasiado para Pedro. “¡De ninguna manera, Señor!”, dijo. “¡Esto no te sucederá jamás!”. Y por esto, recibió una fuerte respuesta: “¡Aléjate de Mí, Satanás! Quieres hacerme tropezar; no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres”

(Mt 16:22-23 NVI). Y luego, después de hablar tan duramente, Jesús hizo una invitación: “Si alguien quiere ser Mi discípulo, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga” (Mt 16:24 NVI).

El costo es alto

Jesús nunca atrajo discípulos con publicidad engañosa. Una vez, cuando grandes multitudes lo seguían, se volvió hacia ellos y les dijo: “Si alguien viene a Mí, y no aborrece a su padre y madre, a su mujer e hijos, a sus hermanos y hermanas, y aun hasta su propia vida, no puede ser Mi discípulo” (Lc 14:26). Con condiciones como estas, nunca hubo una estampida de gente buscando seguirle cuando caminaba por las calles de Galilea. Y es probable que tampoco suceda hoy en día.

¿Pero Él quería seguidores, no? ¿Será que alguna vez Jesús hizo algún tipo de trato con reclutas potenciales? ¿Podría dejar pasar algunos de los requisitos? No. Al contrario, agregó uno más: “Así pues, cualquiera de ustedes que no renuncie a todas sus posesiones, no puede ser Mi discípulo” (Lc 14:33). Seguro exagera.

¿Será que exagera? Él les repitió estas palabras inequívocas dos veces a las grandes multitudes. Aquí no les está hablando en privado a los doce a quienes había instruido con más detalle en los principios del discipulado, sino que les hablaba a las masas. Su mensaje es: Lo que estoy pidiendo es más de lo que cualquiera de ustedes puede dar. Deben solicitar las condiciones.

No hay esperanza para ninguno de nosotros si no confesamos nuestra incapacidad de ser cristianos. Cuando lo hacemos, tenemos la oportunidad de recibir gracia. Allí tenemos las “condiciones”: gracia —primero, último y siempre—. Si nos consideramos competentes, no cumplimos los requisitos. Jesús explicó claramente que las obligaciones van más allá de nosotros. Pero dice: “Vengan a Mí”.

Carga tu cruz y ven conmigo. Solo Yo puedo convertirte en un discípulo.

Así como los doce, los que aspiramos a ser discípulos somos “insensatos y tardos de corazón para creer” (Lc 24:25). Aunque no sabemos lo que nos espera, ya entramos y estamos seguros de querer ir con Él hasta el final. Sin embargo, nuestro obstáculo es que preferimos las comodidades e incluso a veces tenemos ideas elevadas de los sacrificios nobles que haremos por la Causa. Nos perdemos el significado de los sacrificios que valen más, los que le muestran lo que hay en nuestro corazón a Aquel que nos ha comprado con Su sangre.

Los primeros sacrificios en la Biblia fueron los de Caín y Abel. Caín se dedicaba a arar la tierra y ofrecía grano, y Abel era cazador y ofrecía sangre. Dios aceptó el sacrificio de Abel, pero rechazó el de Caín. Esto enfureció a Caín, hasta el punto de llevarlo al asesinato. Sin embargo, el problema no estaba en la sustancia que escogieron para el sacrificio, sino en el corazón. Caín no ofreció su sacrificio con un corazón confiado. “Por la fe Abel ofreció a Dios un mejor sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó el testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y por la fe, estando muerto, todavía habla” (Heb 11:4).

Cuando un niño pequeño se acerca a su mamá con las manos sudorosas llenas de flores aplastadas de diente de león, no hay nada intrínsecamente valioso en el regalo, pero ella lo recibe simplemente porque se lo ofreció su hijo. Cuando yo era pequeña solía pedirle dinero a mi papá para poder comprarle un regalo, y mi padre me daba una moneda de diez centavos. En esos días, con diez centavos se podía comprar toda una caja de chocolates. Así que yo iba a la droguería y le compraba dulces a mi papá. Él no quería chocolates, y además él mismo me había dado el dinero para la compra, pero se alegraba con mi pequeño regalo.

No hay vuelta atrás

Si hemos escogido el camino angosto, tenemos la fortuna de que no siempre encontraremos un camino de regreso. Estamos comprometidos —hemos confiado en Dios y estamos de acuerdo con Su objetivo—, incluso aunque no sepamos todo lo que eso implica en el futuro.

Una lección sobre el compromiso que recibimos temprano en la vida es el paseo en una montaña rusa. ¿Recuerdas la espera ansiosa en la puerta, el afán por subirse cuando los carros venían traqueteando hasta la parada en la plataforma, el éxtasis con el que agarrabas el hierro frío de la barandilla frente a ti, la primera subida empinada hasta la cima, y luego ver las vías desapareciendo por debajo? Respirabas agitadamente pensando en lo que estabas a punto de hacer. Ver que era imposible cambiar de opinión era una revelación espantosa. ¿Por qué tantos de nosotros estamos dispuestos a pagar porque nos lancen así por el aire sin que podamos hacer nada, cayendo, dando vueltas y sacudidos horrorosamente? Lo peor de todo, la parte que no le importa a los niños, es que el tren no va para ningún lado. ¿Hiciste este recorrido tan terrible solamente por *hacerlo*?

La decisión inicial de ir hasta el final con Dios se hace, inevitablemente, ignorando lo que vendrá. Se nos ha advertido que el camino será difícil, porque nuestro Maestro mismo anduvo por un camino difícil, y nos recuerda que los siervos no son más grandes que sus señores. Pero si hemos decidido seguir al Pionero de la fe, aun teniendo en cuenta todos los adelantos de lo que viene, habrá muchos momentos en el camino en que miraremos por encima del hombro anhelando, como los israelitas de camino a la Tierra prometida, “los puerros, las cebollas y los ajos” de nuestra esclavitud (Nm 11:5). Entonces, es una fortuna que sea difícil encontrar un camino de regreso.

Durante mi primer año en la selva, antes de casarme con Jim, perdí a mi informante y todo mi material de lenguaje. Fue como si Dios me dijera: “¿Qué esperabas? Me entregaste todo cuando tenías doce años. Cuando eras joven me dijiste que irías a donde Yo quisiera. Oraste diciendo: ‘Haz toda Tu voluntad en mi vida, cueste lo que cueste’. Y entonces cuando matan a tu informante y la estación de Jim queda destruida en una inundación y pierdes tu material, ¿eso es cosa tuya? Es Mía. Yo puedo hacer lo que quiera con lo que me has entregado”.

El costo de ser discípulo parecía bastante alto.

La paradoja del gozo

¿Cuál es el resultado? Paradójicamente, es *gozo* (y varias generaciones de cristianos podrán respaldar esta idea). “Jesús... quien por el gozo puesto delante de Él soportó la cruz, despreciando la vergüenza, y se ha sentado a la diestra del trono de Dios” (Heb 12:2). No tenemos que esperar a estar en el cielo para tener gozo; el gozo viene a nosotros frecuentemente aquí en la tierra. El Señor mismo nos instruye para que podamos compartir el gozo de nuestro Maestro. Un Padre misericordioso nos deshoja como un árbol que pierde sus flores antes de dar fruto. Dios todavía no ha terminado con nosotros, no importa cuánto hayamos perdido. Mientras dejamos de aferrarnos a las cosas visibles, las cosas invisibles se vuelven más preciosas. Donde está nuestro tesoro, allí también estará nuestro corazón (Mt 6:21).

Una vez, un joven sincero preguntó cuáles cosas mundanas debemos abandonar por Cristo. La respuesta fue muy específica:

La ropa de colores, en primer lugar. Deshazte de todo lo que no sea blanco en tu guardarropa. No vuelvas a dormir en una almohada suave. Vende tus instrumentos musicales y no comas más pan blanco. No puedes, si deseas con sinceridad obedecer a Cristo, bañarte con agua caliente o afeitarte la barba. Afeitarse es mentir contra Aquel que nos creó, es intentar mejorar Su obra.

¿Suena absurdo? Esta es una respuesta sincera que fue dada en las escuelas cristianas más famosas del siglo dos d.C. Todos podemos pensar en equivalentes contemporáneos. Entonces, ¿“renunciar a las cosas mundanas” nos asegura el gozo?

Jesús no era reconocido por ser distintivamente moderado. Comía lo que comían los demás, bebía lo que bebían, e incluso con gente cuestionable, y de tal manera que era acusado de ser glotón y borracho. El Hijo de Dios asistió a una boda en un pueblo. Y no solo asistió, sino que hizo un milagro para que los invitados pudieran servirse más vino cuando falló el suministro inicial del anfitrión. Es seguro que se vestía como los demás hombres y no era fácil de reconocer en muchas ocasiones (incluso tuvo que ser identificado por Judas con un beso). Las únicas ropas de las que habla la Biblia deben haber sido de un corte aceptable en la época, o de lo contrario, los soldados no habrían discutido por ellas.

Entonces, si Jesús no parecía condenar las cosas mundanas en sí mismas, ¿por qué tenemos las listas de Colosenses y Santiago que sí condenan cosas mundanas? Debemos señalar que estas no son listas de cosas materiales, sino características de las personas, es decir, son

pecados específicos. Debemos hacer morir estas cosas mundanas (o “terrenales”), ya que hemos sido resucitados con Cristo mismo y ya no tenemos nada que ver con la fornicación, la impureza, los malos deseos, la avaricia, la ira, la malicia, los insultos, el lenguaje ofensivo ni la mentira. Estas surgen de un deseo por las “cosas” que provee el mundo, tales como reconocimiento o posición social, o se aferran a las cosas materiales, tanto que quizás nos las tengan que quitar para poder arrepentirnos del pecado.

Es posible que Dios nos esté pidiendo vender una casa que amamos mucho, retirarnos de una posición en la que sentimos que somos irremplazables, entregarle miedos que nos mantienen atados, abandonar formas de superación personal o recreación o vida social que obstaculizan la obediencia. Y después de hacerlo, livianos y con alegría de espíritu, siendo conscientes de que Dios se involucra para disponer nuestra felicidad, puede que nos preguntemos por qué nos tomó tanto tiempo.

No es agradable pasar por el proceso de ser deshojados. Sin embargo, el gozo que experimentamos no es incompatible con el dolor. Recuerdo despertar una mañana en mi casa en Shandia después del asesinato de Jim. El otro lado de la cama estaba vacío. De repente, en lugar de lágrimas frescas de dolor, me sorprendió una ola repentina e inesperada de alegría al pensar en dónde estaba Jim en ese preciso momento. Nunca tendría que volver a sufrir. Nunca tendría que pasar por el deterioro y las humillaciones de la vejez. Yo nunca tendría que pasar días y noches con ese temor espantoso de no saber si estaba a salvo. Ahora estaba con el Señor. Aun con la realidad de ser viuda y que mi hija se hubiera quedado sin su padre, y teniendo que manejar sola la casa y la estación, ¡había gozo! El Salmo 116:17 dice: “Te ofreceré sacrificio de acción de gracias”.

Le ofreceré tanto mis lágrimas como mi júbilo. Nada que le ofrezcamos a Dios se perderá. El que lo pierde todo es la persona

que trata de salvarse a sí misma. Jesús dio Su palabra: “El que ha perdido su vida por Mi causa, la hallará” (Mt 10:39).

Y aún más, yo estimo como perdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por Él lo he perdido todo, y lo considero como basura a fin de ganar a Cristo, y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia derivada de la ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios sobre la base de la fe, y conocerlo a Él, el poder de Su resurrección y la participación en Sus padecimientos, llegando a ser como Él en Su muerte (Fil 3:8-10).

Derribando los pilares

Ser como Él en Su muerte es un tema inquietante y no se puede lograr sin derribar los pilares. Si entendemos que Dios está obrando incluso cuando derriba pilares pequeños, será más fácil que soportemos cuando derribe unos más grandes.

Hubo una semana que esperaba con ansias porque era el momento en que iba a comenzar a escribir un libro. Sin embargo, cuando llegó el día, yo me encontraba bastante afectada por lo que parecía una fuerte gripe con una tos profunda. Traté de trabajar como de costumbre, en el mismo lugar y al mismo ritmo, pero no pude. No podía atrapar un pensamiento, aferrarme a él firmemente y llevarlo a una conclusión lógica. Pasaron uno o dos días con muy poco que mostrar. Me agarré por el cuello pensando: “¡Ponte a trabajar!”. Pero

descubrí que un pilar había sido derribado. Tenía fiebre. Solo era uno o dos grados más de lo normal pero fue suficiente para revolverme el cerebro y recordarme que la salud normal y la habilidad de hacer el trabajo común son regalos de Dios por los que debería agradecerle todos los días de mi vida. Entonces apareció una carta (Dios hizo que llegara) que decía que a Dios le interesa mucho más hacernos santos que terminar un trabajo. La carta me llevó a hacer una pausa. La interrupción era más importante, por esos pocos días, que el libro.

Entonces recordé las palabras de san Agustín: “Los hombres obtienen los placeres mismos de la vida por medio de las dificultades”. A veces solo lo reconocemos en retrospectiva. En uno de los días terribles del cáncer de mi segundo esposo, cuando apenas podía soportar el dolor o la idea de recibir otro tratamiento y yo apenas podía soportarlo con él, comentamos de lo maravilloso que sería tener un solo día *normal*.

Y luego está lo inevitable de la vejez. El desgaste deja sus marcas indelebles en nuestro rostro reflejado en el espejo (lo que a veces asombra y desconcierta) y se convierte en el rostro de un extraño. El temor se apodera de nosotros al ver lo mucho que hemos cambiado y al pensar en lo que vendrá. Los fantasmas de la soledad, la enfermedad, el abandono y el despojo serial de nuestros poderes nos miran desde el rostro arrugado y flácido. Pero Dios estará allí. No hay necesidad de temerle al futuro, porque *Dios ya está allí* y Su promesa para nosotros es: “Aun en la vejez darán fruto” (Sal 92:14). El mejor fruto será el que se produce en la rama que está mejor podada.

Más, y después algo más

Le ofreceré mis oraciones, mis suspiros. Derramaré mi corazón delante de Él. Aun con mi distracción, inconsistencia y deficiencia, puedo confiar en que mis oraciones se levantan hacia Él como incienso (“Sea puesta mi oración delante de Ti como incienso, el alzar de mis manos como la ofrenda de la tarde”, Sal 141:2). Él recibe mis oraciones imperfectas, así como la madre recibe las flores aplastadas, como regalos que se vuelven perfectos en el amor. Además, Él mismo ha estado orando por *mí* todo el tiempo: “Por lo cual Él también es poderoso para salvar para siempre a los que por medio de Él se acercan a Dios, puesto que vive perpetuamente para interceder por ellos” (Heb 7:25).

¿Qué más le puedo ofrecer? En palabras del gran himno de Isaac Watts “La cruz excelsa al contemplar”:

El mundo entero no será
Dádiva digna de ofrecer
Amor tan grande, sin igual,
En cambio exige todo el ser.

Todo mi ser, para ganarlo todo.

La viuda de Sarepta (1R 17) estaba desamparada, incluso más desesperada que la viuda común de la época, porque estaban pasando por una hambruna. Y entonces llega Elías, que había recibido carne y pan mañana y tarde cortesía de los cuervos mandados por Dios, pero que salió de donde estaba cuando el arroyo desapareció por culpa de la sequía. Los cuervos no se fueron con él hasta Sarepta. Cuando llegó a la puerta de la ciudad, vio a la mujer reuniendo leña.

Entonces la llamó y le dijo: “Te ruego que me consigas un poco de agua en un vaso para que yo beba”. Cuando ella iba a conseguirla, la llamó y le dijo: “Te ruego que me traigas también un bocado de pan en tu mano”. Pero ella respondió: “Vive el SEÑOR tu Dios, que no tengo pan, solo tengo un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en la vasija y estoy recogiendo unos trozos de leña para entrar y prepararlo para mí y para mi hijo, para que comamos y muramos” (1R 17:10-12).

Esta viuda era la candidata menos apta para proveer para sus necesidades. Pero el profeta Elías la persuadió y ella le creyó cuando dijo: “Porque así dice el SEÑOR, Dios de Israel: ‘No se acabará la harina en la tinaja ni se agotará el aceite en la vasija, hasta el día en que el SEÑOR mande lluvia sobre la superficie de la tierra’” (1R 17:14).

La viuda sin nombre usó toda su harina y aceite y le preparó pan, dando todo lo que tenía, y la palabra se cumplió. El mismo Dios que le dio a Elías más de lo que estaba en el menú hará lo mismo por nosotros si lo escuchamos cuando nos pide algún sacrificio pequeño pero, por lo general, muy importante.

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro *Calma, alma mía*.

Para conseguir el libro completo y conocer
más acerca de nosotros, visita nuestra página
web: www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2024 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!